

tro el cuidado de su propia casa, descansan interiormente apoyando estos cuidados sobre sus agentes, y mayordomos: se rien, digo, quando ven algunos tan atentos á sus rentas, y al gasto diario de sus casas, tan internados en sus tráficos, y en hacer que fructifiquen sus bienes, regulándose por unas máximas que acompañan las ideas de su economía, como son aquellas de *no hacer jamas por ministerio de otro lo que puede hacerse por sí mismo: no dexar para mañana lo que puede hacerse en el dia: no hacer poco caso de las cosas menudas, ni de los gastos de poca monta.* De todo esto se burlan aquellos otros, teniendo por cosa despreciable estos cuidados, y descubriendo en ellos algun color de avaricia, y vil interes; pero el hombre sabio no debe por esto abandonar su práctica, ni dexar las reglas de la prudente economía, establecidas constantemente, como lícitas, y útiles para la vida civil del hombre. Es comun interes del público que los Ciudadanos sean ricos, é industriosos, y lo es tambien de las familias el que se conserve el nervio de su propia subsistencia, importando mucho á cada particular el que no se piense solamente al dia de hoy, sino es que se extiendan las providencias á lo por venir, exhortándonos á esto mismo el Espíritu Santo con el exemplo que de la hormiga propone al perezoso. Conviene tambien acordarse de aquellos proverbios, ó sentencias que los locos fabrican las casas, y los cuerdos las compran: *que basta uno solo para destruir todo aquello que ciento han edificado.* No es impropio del hombre sabio el aplicarse á multiplicar riquezas, con tal que no lo haga con ansia notable, ó por modos, y medios poco lícitos, y no ponga mucha aficion en ellas despues de conseguidas. Finalmente las riquezas no hacen estimable al hombre absolutamente. ¿Apreciaremos nosotros en mucho un caballo, porque tenga el freno de oro, bordada ricamente la silla, y los estribos de plata? Pero diremos que vale mucho mas un hombre bien exercitado en las virtudes, y que abundando en bienes temporales, los gasta en obras

obras virtuosas, y laudables, cuyo mérito durará para siempre, aun quando fenezcan las riquezas temporales. Pero si el hombre se entregase totalmente al cuidado de amontonar riquezas en esta vida, sin hacer caso de enriquecer su alma con otras riquezas espirituales, que consisten en aprender, y practicar las virtudes: en este caso será siempre para con los hombres sabios, y mucho mas para con Dios un pobre de oro macizo, ó como dice el Evangelio un sepulcro adornado, y dorado por de fuera, pero por dentro pestilencial, y asqueroso.

CAPÍTULO XLI.

De la policia de las costumbres.

§. I.

DExamos ya dicho que el hombre está especialmente obligado á observar tres órdenes, ó respetos: el primero con Dios, el segundo consigo mismo, y el tercero para con los demas individuos del género humano. En el conocimiento, pero mucho mejor en la posesion, y exercicio de dichos órdenes, consiste la parte mas esencial, y sólida de la Moral Filosofia; pero aun resta otro orden, ó respeto. Despues que una estatua está delineada, y formada con todas sus medidas, y proporciones, desbastada, digámoslo así, con los cinceles, ó escoplos mas gruesos, de manera que pueda ya decirse que está hecha, con todo, para repulirla, y perfeccionarla, de modo que se pueda llamar perfectamente concluida, ó acabada; son necesarias otras diligencias: deben para este efecto manejarse cinceles, y escoplos mas delicados: debe entrar la lima, y quitar aquellas superfluidades que perciben los inteligentes en el arte, y con esto queda la estatua mas elegante, y hermosa. A este modo, para perfeccionar el hombre el tercero de los mencionados órdenes, debe estudiar la gentileza, ó po-

Tom. II. S li-

licia de las costumbres, si deseando conversar, y tratar con los otros hombres, quiere hacerlo con policia, y garbo, sin aquellos pequeños defectos, que pueden desagradar á los otros hombres, ó hacerse para con ellos risible. Cuesta poco el hacerse un hombre ridiculo, aunque no falta quien gasta mucho para serlo. Estos defectos (siento el decirlo) son de tantas especies, y tan abundantes, que para solo el catálogo no bastaria un libro entero. Puede, pues, el hombre incurrir en estos defectillos, en el pasear, en el reir, en el hablar, en el vestir, en el comer, y en otras muchas, ó casi todas las acciones, que puede hacer delante de otros hombres, sin que esto deba causar admiracion, pues á cada paso notamos en otros, y nos reimos acaso de lo mismo que nosotros hacemos; pero si el sabio quiere sacar provecho de estos defectos ajenos (y lo debe querer, por ser esta una prenda de estimacion), no es muy dificultoso el conseguirlo, corrigiéndose á sí propio. Acaso esta virtud es la misma que los Latinos llamaron *urbanidad*; pero yo tomo en significacion mas dilatada la virtud de que hablo ahora. Hay libros enteros que tratan de ella; y aunque es muy trivial en Italia, siempre será muy útil para los jóvenes el *Galateo de Monseñor de la Casa* (nada inferior es para nuestros Españoles el que escribió el incomparable Cervantes), porque en estos se enseña la buena crianza, que no es la menor parte de la policia que debe tener el hombre civil. Despues hay el otro libro mas voluminoso, cuyo nombre he repetido tantas veces, y es la *práctica del mundo civil*; esto es, el conversar con personas discretas, hábiles, ingeniosas, y sabias: esta es la mejor escuela para quien tiene un poco de juicio, y quiera apreder lo que debe practicar, ó lo que debe omitir en el quotidiano comercio con los demas. He dicho *del mundo civil*, porque no debemos creer que en qualquier rincon de la tierra se hallan maestros de policia, y exemplos que imitar con alguna ventaja. Cier-to es que en los Países bárbaros, y Villages rústicos no se

se dan lecciones semejantes; ántes bien, quando alguno obra descortesmente, se acostumbra el llamarlo *villano*, no por otro motivo, sino es por el mal modo, y porque le falta aquella gentileza, y manera de obrar, que suele hallarse en las Ciudades, por cuyo motivo se llaman civiles sus moradores. Pero la escuela de la buena crianza, y policia de los que allí viven, no debemos creer que sea igual en todas las Ciudades. Si hemos de estar á la decision de los Franceses sobre esta materia, basta entre ellos el ser Provençal; esto es, educado, y criado en alguna Provincia distante de París, para caracterizarlo de hombre rústico, y mal criado: solamente París goza, segun los Parisinos, el privilegio de graduar de Doctores á sus habitantes en todo lo que se llama urbanidad, cortesía, y buena crianza; pero yo no juzgo tan baxamente de todas las otras Ciudades de la Francia, aunque me persuado, que serán mas seguros, y frequentes los exemplos de compostura, buenas modales, y policia en París que en alguna otra Ciudad; porque derivándose este nombre *cortesta* del Lugar, ó Ciudad donde está la Corte, allí es donde por lo comun se halla el gusto mas refinado, y donde mas cuidadosamente se cultiva el espíritu. Ultimamente, el hombre de juicio puede adelantar mucho viajando, y considerando atentamente los estilos de las Ciudades, y de las Cortes mas cultas de la Europa, observando las costumbres de Naciones diversas, para elegir, y practicar lo mejor de cada una. La delicadeza del gusto consiste puntualmente en saber distinguir los defectos mas ocultos, y los primores mas escondidos, así en las obras del ingenio, é industria, como en las costumbres humanas.

§. II.

PERO aquí es necesario hacer alto para insinuar, y señalar una condicion esencialísima, sin la qual jamas se aprovechará mucho, ni poco, viajando, ó no via-

jando por el mundo. Dexo dicho en otra parte, y repetiré continuamente, que es necesario que el hombre se acostumbre á juzgar bien de las cosas, y de las acciones, las cuales en esta gran feria del mundo son innumerables. Dichoso el que sabe dar á las cosas su justo peso, y medida, distinguiendo las buenas de las malas, las feas de las hermosas, las mas, ó menos laudables de las vituperables, y todo con el fin recto, y honesto de abrazar lo bueno, y huir de lo malo. Dichoso el que no se dexa guiar de máximas, ni preocupaciones adoptadas en aquellos primeros años de su edad, ni de las que adopta el comun de los hombres; ántes bien, examinando con diligencia las acciones, y los usos, y costumbres, juzga rectamente, y con atención si es, ó no prudente, y sabio el fin, y si los medios son proporcionados para conseguirlo. Siempre que el juicio no esté bien formado, sentido, y acostumbrado á examinar con atención, y juzgar con rectitud de las costumbres de las gentes, aun viajando, y practicando las grandes Cortes, podrá suceder, y sucederá fácilmente, que se abraze, y siga lo defectuoso, y malo, dexando lo virtuoso, y bueno. ¿Faltan por ventura dentro, y fuera de Italia, faltan, dirémos, en nuestra España buenas costumbres, y virtudes que imitar? No señor: falta solamente el discernimiento en los que se crian allí mismo, ó giran, y viajan por ella, para elegir lo bueno que imitar, y dexar lo vicioso, y defectuoso de que deben huir.

§. III.

ENtrando, pues, en el catálogo de estas cosas de que hablamos, y comenzando por el vestido, no podemos dispensarnos de hablar una palabrita sobre el tirano imperio de la moda. Ninguno ignora, que el fin de andar el hombre vestido, es el de cubrir decentemente su cuerpo, y preservarlo proporcionadamente del calor, y el frio, y esto de un modo conveniente á la clase, y gra-

grado de cada uno, y de tal forma, que se cumpla la intencion honesta de aquella necesidad, que obligó al hombre á que se cubriese, y vistiese. Supuesta esta verdad, no aparece razon alguna de andar mudando vestidos cada dia, sino en el caso de hallar algun otro que se adapte mejor á la necesidad del cuerpo. Por tanto, los antiguos Griegos, y Romanos mantuvieron siempre una misma forma en sus vestidos. Del mismo modo se mantienen despues de muchos siglos los Orientales; pero no lo practica de esta manera un Reyno que confina con nuestra Italia: ó bien sea esto un influxo del genio de sus moradores, que siempre aman, y buscan novedades, ó bien que los sastres, los zapateros, los joyistas, los texedores de telas, y estofas, las escuñeteras, los peluqueros, y otros artifices, estudian á porfía, y diariamente nuevas invenciones para aumentar sus ganancias: lo cierto es, que la moda tiene gran dominio en aquel País, viéndose continuamente en él mutaciones en el corte, y adorno de los vestidos, y demas atavíos del cuerpo, estimándose hoy en poco lo que ayer se apreciaba mucho; porque la invencion de otra nueva moda de hoy, quitó todo su valor á la de ayer, y la de mañana hará lo mismo con la de hoy. Y nosotros Italianos (mejor diremos malos Españoles), como ridículos monos, corremos exhalados á imitar puntualísimamente estos metamorfosis, ó transformaciones extravagantes, estas modas frívolas, é inútiles, como si baxáran de la Corte de Júpiter. Y no obstante que estas bizarras galanterías, estas escenas del luxo, y fruslerías de la moda den tan fieros asaltos á las bolsas, con todo se aman sin medida, se buscan con anhelo, y ansia: teniéndose por infeliz, y mal contento con su suerte, y fortuna el que no puede seguir todos los pasos de la moda. Hubo con todo alguna nacion en la Europa, y no faltó alguna Ciudad en la Italia, que por órden de sus Mayores, y Príncipes, fixó la forma de su adorno, y vestido exterior; pero los moradores de es-

tos Países sabrán decirnos si han bastado estas disposiciones tan acertadas, para resistir los encantadores esfuerzos, y baterías de la moda. Notoria es á toda la Europa la determinación, que con toda solemnidad ha tomado en estos dias el Reyno de Suecia, señalando exactamente la forma de vestidos, y trages, que por lo sucesivo deben usar sus moradores, y súbditos, Senadores, y Militares, Plebeyos, y Nobles, determinando las telas, los colores, y demas adornos, de que deben componerse los vestidos de los Succos. Los que vivieren despues de nosotros verán si á esta al parecer incontrastable muralla arruinarán algun dia los tiros de la moda. Usábase en alguno de nuestros Países en algun tiempo cierta especie de vestido honesto, noble, grave, y decoroso; ¿pero que importa todo esto? Vino la moda, y desterró este vestido; y si ha quedado algun indicio, solamente se manifiesta en las máscaras, ó mogigangas: ni puede arriesgarse un hombre de juicio á llamar ridícula alguna de las muchas modas, que aparecen cada dia; porque intentarán sacarle los ojos con los dedos aquellas señoras, que toman por su cuenta el proteger, y defender las extravagantes novedades de la moda: solamente podremos esperar que se manifieste, y confiese esta ridiculidad, quando se acabe el curso poco durable de su felicidad: despues de algunos pocos años se hallarán aquellos vestidos en los retratos burilados, y estampados en papel, ó pintados en tela.

§. IV.

Ahora, pues, ¿que dirá sobre esto, ó cómo se contendrá un jóven Filósofo? Con estos hablo ahora, no con los ancianos, á los cuales les son permitidos algunos privilegios mas graves, y decorosos. Despues de varias, y profundas meditaciones sobre la veleidat del genio de los mortales, sobre las excesivas locuras del luxo corriente; y despues de desear eficazmente que las

Prag-

Pragmáticas de los Príncipes sabios contengan el impetuoso torrente de tan dispendiosas, como inútiles imperciones, que en los vestidos vemos cada dia, que sin duda conspiran contra las bolsas: mi consejo en este punto es, que el sabio en muchos casos, y ocasiones puede dexarse llevar de la corriente. No dexa de estar bien fundado aquel antiguo Proverbio: *comer á gusto, y vestir al uso*; pues aunque ciertas modas parezcan cosa de risa á las personas sabias, y prudentes, con todo, seria mas reparable el singularizarse, y todos señalarian con el dedo al que hoy quisiese usar aquellos trages, y vestidos antiguos de los siglos pasados. Y aquel que en ciertos lances quisiese sacudir el yugo tirano de lo que se usa, se desacreditaria por lo menos para con los ignorantes, y necios, que son muchos mas que los prudentes, y sabios. Toda suerte de singularidad, no solamente en el vestir, pero aun en otras muchas acciones de la vida civil, puede fácilmente parecer una especie de locura á los demas, y darles motivo para que se rian, y burlen de nosotros: no porque se deba seguir sin faltar un ápice, ó discrepar un minuto qualquiera invencion, que cada dia presenten en el campo los araganes caprichosos, ni tampoco haya obligacion de seguir aquellas modas, que ademas de ser incómodas, y dañosas no se avienen bien con la decencia, y la moderación; ni menos aquellas detestables, que hacen que los hombres parezcan mugeres. Tal seria ciertamente el espejo, que suele ser el consejero de las damas, quando llegase á serlo tambien del sexó viril. De esta indecente transmutacion nos dexaron á posta los antiguos un exemplar abominable en el retrato de Hércules, perdido por los amores de Jole, y otro nos dexó el buen Taso en los delirios de su Raynaldo. Seria tambien inexcusable culpa el ponerse un vestido que desdixese de la honestidad, y modestia; tambien seria locura el calzarse una forma de zapatos, que lastimasen, ó estropeasen los pies, solo porque la moda los pide así. Hablo, pues, de seguir el uso comun

S 4

del

del pueblo noble, quando este sea cómodo, y decente. En todas nuestras acciones, y discursos jamas debemos olvidar el decoro, aunque no es cosa fácil el conocer, y señalar á este sus límites, por la variedad de personas, y circunstancias, que ocurren cada dia, ó cada hora; pero si alguna vez es necesario enloquecer con los locos por no dar que decir á muchos, inclinándose ácia el luxo, que ya se tiene por policia, y mudando segun los tiempos la forma, el color, y la tela de los vestidos, esta locura, y necedad no debe venirle al pensamiento al que está dedicado, y alistado en la Milicia de Jesu-Christo. La Santa Iglesia les ha señalado á estos la forma, y color que deben observar en sus vestidos, con intencion de que el hábito, ó vestido exterior sea indicio nada equivoco de la humildad, gravedad, y compostura interior, que la Santa Iglesia desea en los Ministros de su casa. Por tanto, no debe reputarse policia en algunos Sacerdotes el demasiado cuidado, y pomposo adorno, ya en las pelucas postizas, y delicados rizos con que se adornan las cabezas, despidiendo varios olores, como pudieran los mas acicalados seglares; ya en el corte, y ayre de sus vestidos á la última moda, con todos sus cabos, y demas primores, á que nada tendria que añadir el mismo Ganimedes: no, no es esto policia en los Sacerdotes, sino es corrupcion de costumbres. He oido decir que estos tales deberian llevar un cartel pendiente del cuello en que con letras grandes se viese escrito: *¿Dudais acaso que yo sea Clérigo? Pues reparad en los dos dedos de tela azulada, ó blanca que traigo en el cuello.* Finalmente por lo que toca á la policia en el vestir de qualquiera persona, lo será siempre el guardarse de toda extravagancia, y suciedad andrajosa, el procurar aquella curiosidad, que no degenerare en vanidad, ni afectacion, y que el vestido sea proporcionado al grado, y condicion de cada uno, con la diferencia que debe haber entre el noble, y el plebeyo, el mercader, el artífice, y el Togado. Si esta propor-

cion

cion se observa con exactitud en estos tiempos, no lo tengo yo para averiguarlo, y decidirlo. Ademas de esto, qualquiera que tiene ánimo de observar esta policia, tambien la demuestra en los muebles, y buena disposicion de su casa. Quizá no se hallarán en ella alhajas muy preciosas, pero se verá el buen órden, y concierto, de tal modo, que se avengan bien lo poco con lo gracioso, y bien dispuesto.

§. V.

DEL mismo modo se observará policia en el conversar, y tratar con los otros hombres, quando la conversacion sea gustosa, y deleytable, quando no cause tedio, ni sea molesta, quando á todos guarde el debido respeto, y no ofenda á ninguno. Los grandes charlatanes, y habladores de profesion suelen dar gusto al auditorio por algun breve tiempo; pero á carrera larga dan fastidio, y suelen quedarse solos. Aquello de hacerse dueños de la conversacion, sin dexar hablar á los demas, viene á ser una especie de tiranía, de que Aristóteles, y Platon no se acordaron en sus Repúblicas; pero no por esto dexa de ser una cosa desagradable, y aun insufrible, particularmente para el que quisiera decir dos palabras, y no le dexan decirlas. Tampoco tiene gracia en las conversaciones el interrumpir la narrativa, las respuestas, ó las reflexiones de los otros á cada instante; ni el saltar de quando en quando con preguntas fuera de propósito. Cada uno quiere hacer su papel en la comedia de la conversacion, ni está prohibido; ántes bien suele ser la salsa de los discursos familiares entre los amigos el burlarse, y jugar con un poco, con tal que esto se haga con palabras agudas, y graciosas, pero no con sátiras picantes, é ironías insolentes; y con tal que la burla no recaiga sobre defectos del cuerpo, ó del ánimo; porque esta libertad solamente puede permitirse entre amigos confidentiales, á quienes la experiencia en el trato les permite burlarse

aun

aun de sus propios defectos: con otras personas siempre será peligroso el tocar estas teclas. La Eutrapelia fué contada por nuestros mayores por una de las virtudes civiles, las quales tienen por oficio el saber portarse con alegría, y gracia en las conversaciones, y discursos familiares. Parte de esta virtud es el hablar con gracejo; pero no, como ya hemos dicho, en estilo vil, y bufonesco. Es permitido el hablar aun con los grandes Señores de este modo, con tal que se haga con graciosa delicadeza; pues estos por lo comun son la delicadeza misma. El que aun en los negocios mas arduos sabe jugar esta carta con destreza; esto es, sabe alegrar, y contentar al sugeto con quien trata, tiene mucho andado para ganar al juego; ni yo creo que los jóvenes sabios tengan necesidad de que yo les avise quan conforme sea, no menos á la Ley Santa de Dios, que á las de la policía, decencia, y honestidad, el abstenerse de graciosidades impuras, y equívocos deshonestos, y de mala crianza. Tales lenguas hacen ver á todos, que su corazon está dañado, y se conciliará el desprecio de todos los buenos. Tambien es insufrible el conservar con algunos, que muchas veces se obstinan en defender sus opiniones, y se alteran, y voccean, y aun riñen con quien se les opone, y hace frente: propiedad de cabezas duras, é inflexibles, que manifiestan claramente que están rellenas de su propia estimacion, y que es un milagro que alguna vez no revienten. Una de las señales clarísimas de la soberbia, es el no poder sufrir quien los contradiga, y el aborrecer á quien intenta enmendarles la plana. El hombre político mantiene su partido, y defiende su opinion con modestia, y sin acaloramiento: sufre con paciencia, y disimulo las necesidades, y despropósito de los otros, á no ser de sus íntimos antiguos amigos, y alguna vez contradice, pero con gracia, las historias fabulosas, que algunos refieren, sin dar á entender á los Autores, que serán locos en intentar persuadirle las novelas que refieren; pero si encuentra con aque-

aquella raza de hombres, que presumen tener razon en quanto hablan, y si se les contradice, montan al punto en cólera, ó en aquellos tan resentidos, y delicados, que á la menor burla se dan por ofendidos, en estos casos, usando de su prudencia, recoge velas, se retira, y calla; reflexionando despues, si para lo succesivo le tendrá mas cuenta el apartarse de tales personas, que parecen hechas de filigrana, ó de aquellas otras, que al menor golpecito disparan chispas. Tambien conendrá en las conversaciones guardarse de alargar el discurso sobre la facultad que cada uno profesa, y del repetir muchas veces una misma cosa, lo que suele acontecer, ó por falta de memoria en el que habla, ó por defecto de términos acerca de la materia de que se trata. Las personas discretas, y de buena crianza disimulan, y reciben como moneda nueva lo que de puro sabido tienen ya olvidado, quejándose solamente de la pérdida del tiempo. Pero ya que he mencionado las personas discretas, no puedo menos de decir, que la indiscrecion es un defecto en que se puede incurrir en varias maneras, tratado con diferentes personas. Sucede esto primeramente, quando alguno rehusa, ó no quiere hacer por otro lo que podría hacer con poco, ó ningun trabajo suyo, y causaria gusto, y comodidad al otro, ó quando hace lo que sin servirle á él de algun provecho, es á otra persona desagradable, y dañoso. Puede un hombre ser indiscreto con su muger, con sus hijos, con sus criados, y con otros muchos, quando no guarda con ellos en obras, y palabras aquella regla, y medida, que piden la caridad, y justicia. Aun en la conversacion ordinaria pueden cometerse estos defectos, hablando contra lo que conviene á los que escuchan. El alabar las conveniencias, y placeres del mundo en presencia de Religiosos solitarios: de la nobleza delante de los plebeyos: de la hermosura oyéndolo las viejas: desacreditar el justo empeño de la fidelidad conyugal delante de mugeres casadas: desaprobar el quejarse al que se halla maltratado de la fortuna: ensal-

salzar su felicidad propia delante de quien ha perdido la suya: exaltar el mérito de su ciencia en una asamblea de ignorantes: todas estas son indiscreciones, que á ninguno deben perdonarse; pero el gran deseo que algunos tienen de hablar de sí mismos, no repara en ofender á otros. Basten por ahora estas pocas líneas para una materia de grandísima extension, qual es la presente, la qual contiene muchos defectos, que se deben evitar, y muchas mas advertencias á que se debe atender.

S. VI.

O Mito asimismo otros muchos aspectos, ó perspectivas de la virtud de la policía, y solamente me ceñiré á traer á la memoria, que así como la aspereza, la rusticidad, la deformidad, la incivilidad, el humor despreciativo, hipocondríaco, y quejicoso, y otras muchas maneras de vivir, y presentarse al público, tratando con otros, &c. que ó son desordenadas, ó desagradables, é irrisibles, vienen á ser cada una por su término, y respeto, defectos, y extremos viciosos de la gentileza, y policía de las costumbres, pero que son evitables; así tambien la afectacion, de que ya hemos hablado en otra ocasion, puede ser el otro extremo, por lo que mira al exceso de esta virtud, y ahora es necesario volver á tratar de esta misma afectacion, aunque con brevedad. Es forzoso que cada uno siga su natural talento, perfeccionándole, y mejorándole quanto pueda, sin violentarlo á que tome el carácter opuesto. De aquí, esto es, de afectar, y fingir algunos habilidades que no son suyas propias, y no les puede facilitar el arte, ni les ha franqueado la naturaleza, nace la mayor parte de las ridiculeces, que tocamos cada dia entre los hombres. Tarde, ó temprano quita esta máscara la misma naturaleza, desplumando á todos aquellos, que contra el natural suyo propio toman prestado el carácter de otro. ¿Quieres ser Poeta, Abogado, cortejante, violi-

nis-

nista, ó cosa semejante? Pues es necesario consultar primero con la naturaleza, y ver las disposiciones con que te hallas para ello; porque de otra manera vendrás á hacer en esta comedia el papel que no te toca: la naturaleza quiso, que mediante su disposicion fueses tal, ó tal determinado sugeto; pero no otro distinto. Ciceron en el Tratado del Orador observó, y dexó notado, que el caracter, ó papel de gracioso es una de las cosas que no puede enseñar el arte, siendo solamente la naturaleza la que á esto concurre. Por lo que qualquiera que intente meterse á gracioso sin que la naturaleza concorra haciendo la costia, en vez de graciosidades, prorrumpirá en frivolas insulseces; y lo que en boca de otros hace reir, en la suya hará bostezar. Vale mas una honrada simplicidad, que un gran capital de afectacion. En ninguna parte abunda tanto este vicio, como en las casas de los Grandes Señores. La primera vez que compares en sus antecámaras, vienen á recibirte ciertos cortesanos magros, y enxutos; pero rebosan por todas sus coyunturas ceremonias, y cumplimientos, tan obsequiosos, tan rendidos, y con tanta urbanidad, que te arrebatan el corazon. ¿Qué gentileza, qué modales tan graciosos, qué galanteria! Légame despues al trono de los Señores principales, y aquí tambien se abren de par en par las puertas del almacén de las gracias. Si las esperanzas, y las promesas fuesen capaces de saciar el hambre, aquí se hallaria provision bastante; pero el hombre sabio no se dexa engañar de estas vanas apariencias, conociendo que aquellas palabras suaves, y melosas mas proceden del formulario cortesano, que de un corazon sincero: sabe muy bien que las bellas palabras solo son hojarasca, y que los frutos son las obras. Hoy tantas señales de estimacion, tantas, y tan liberales ofertas, y acaso mañana no os conocerán, ni sabrán quien sois, á no ser que de las palabras quieran texer redes á los intereses de los que se pagan de estas exterioridades. ¿Quien que no sea un cabecilla trabajará en aprender el arte de

en-

ensartar mentiras? La mentira, además de ser mala en sí misma, y nada conveniente á una persona honesta, si se le añade el ser mentira clara, es señal nada equívoca de un ánimo poco culto, y limpio, y manifiesta su principio vil, y bajo. Por la misma razon todo hombre sabio está como necesitado á detestar toda especie de adulacion, por ser esta un tejido de mentiras, las quales se dirigen á depravar el corazon de quien las escucha, y mucho mas de quien las desea, manifestando al mismo tiempo la baxeza de ánimo de entrambos; esto es, del que las profiere, y del que con gusto las oye. Por tanto, el hombre civil, aborreciendo estos medios indignos, y viles, y con mucha mas razon, si quando se halla constituido en dignidad, y grandeza usa para con todos de cortesía, muestra buen corazon á todos, sin exceptuar aun á sus propios criados, bien que sean los mas ínfimos; porque la cortesía, y afabilidad es moneda que cuesta poco, pero que con ellas se adquiere mucho. Debe tener presente el hombre sabio, que las buenas palabras nunca rescaldan, ni hieren la lengua; con todo, tambien en esto debe haber su medida, y coto, sin cargar la mano mas de lo que es debido á la graduacion, y mérito de cada uno: de otra manera no haria distincion alguna entre los que deben distinguirse por la dignidad, y mérito de sus personas: de modo, que la reverencia, y obsequio así en las palabras, como en las obras, ha de guardar su debida proporcion para con los superiores, y su dignidad; y bien que en estos no se encuentre algun mérito personal, que excite el obsequio, y veneracion, bastará para dársela la misma dignidad en que ha puesto á aquella persona la liberal, y bizarra fortuna. Quando hablo de proporcion, no quiero dar á entender con esto que se haya de tener en la mano el pesillo con que se pesa el oro. Siempre será lo mas acertado el que de parte de la cortesía haya algun exceso. Mi intencion es el desaprobar los inmoderados excesos, las patentes ficciones, y aquellos otros mo-

modos, que manifiestan, ó poco discernimiento, ó vileza de espíritu. No ignoro entre tanto, que la vanidad, y la moda han llegado en nuestros tiempos á grande altura, y que acaso no pararán aquí, habiéndose ya agotado el almacén de títulos, y superlativos, así en escrito, como verbalmente, que se dan á los grandes, y aun á los iguales muchas veces, inventándose cada dia nuevas recetas, y dosis de incienso, y perfumes, que algunos no se sacian de darlos, y otros de recibirlos. Por tanto digo ser parte de la policía el seguir aquello que aprueba el uso comun; y principalmente quando se sabe, que ciertas expresiones familiares, usadas en las secretarías, y conversaciones, son adornos, y cumplimientos vistosos, que nada significan en el comun concepto. Por lo demas el hombre sabio siempre aprecia, y estima la franqueza, así en la conversacion familiar, y seria, como en la substancia de las cosas, con tal que nunca se falte á la modestia, y respeto debido: siempre que se ha de hablar, y responder, conviene hacerlo con el mejor garbo; pero nunca mintiendo, y siempre con la verdad, conforme al dictámen de la razon. Tambien será policía el callar, segun las circunstancias previstas por la prudencia; y se hará con destreza, quando el que habla, ó pregunta no busca, ni desea oír lo justo, y lo verdadero, y solamente busca la aprobacion de sus hechos, ó deseos desordenados, y puede interpretar siniestramente lo que se habla, ó se le responde. El callar, y disimular puede ser útil, lícito, y honesto en muchos casos, pero no el simular, ó fingir; porque en esto puede ir, ó va envuelta la mentira, y lo faso. Cuesta muy poco á algunos el engañar á otros, y darles á entender, y aun el aplaudir sus necedades, y despropósitos, y hasta aquellas acciones que en los hombres son menos excusables. Quando estos no llegan á sentir el estímulo de su conciencia, por estar ya acostumbrados al exercicio de vender lo falso por verdadero, lo qual para ellos es una friolera, si acaso no lo estiman como

una apreciable prenda, lo conocerá bien el que está criado en la escuela de la verdad, y en todo, y por todo sigue las leyes de la razón. Por lo demás, el hombre sabio, quando es conveniente, y necesario, sabe vivir, conversar, y tratar sus negocios con todos, bien sean bestias en dos pies, ó bien sean animadas áspervas encinas, ó calabazas con alma, llenas de viento, de vanidad, y soberbia, ó almacenes de la hipocondría, y de otras muchas cosas semejantes á estas. Cierto es que en estos casos tiene necesidad el hombre de discernimiento, y destreza para encontrar la buena coyuntura á semejantes cabezas, y no desagradarlas. También trata con los malos, y perversos; pero del mismo modo que tratan los Médicos con sus enfermos, esto es, sin especificarles determinadamente la gravedad de sus males.

CAPÍTULO XLII.

De la educación, y del exemplo.

§. 1.

Tienen los jóvenes necesidad de un buen maestro, que quando van creciendo en la edad, y son capaces de una enseñanza seria, y magistral, les enseñe el vivir bien; esto es, les explique con claridad, y distinción los preceptos de la Filosofía Moral. Añado ahora, que necesitan de otro maestro, el qual aun ántes que lleguen á la edad juvenil los ponga en el camino del bien obrar, y enseñe la doctrina de las buenas costumbres, sin que ellos adviertan que están en esta escuela. Este secreto, y primer maestro, no es otro que la educación, y el exemplo, que por lo comun pueden tener los niños, así en su propia casa, como fuera de ella. De aquí depende en gran parte la buena, ó mala inclinacion de los niños, y sus buenos, y malos progresos. Mucha, y muy poderosa es la fuerza de la educación: puede sin duda

llamarse una segunda naturaleza. Los arbolitos tierno si se crian, y crecen torcidos, ó nunca, ó muy difi cultosamente suelen enderezarse. Al contrario, quando es sabiamente dirigida su infancia, esto es, asistida de saludables advertencias, y oportunamente imbuida de saludables máximas, enseñándoles á aborrecer las perversas acciones, y haciendo que tomen amor á las buenas, y laudables, refrenándolos para que no caigan en aquellas, y estimulándolos á la práctica de estas representándoles la hermosura de la virtud, y quan apacible, y útil es el camino que á ella conduce; de esta manera crecerán estas tiernas plantas, y á su tiempo darán copioso fruto de buenas obras. Asimismo quando los niños tengan solamente delante de sus ojos exemplos buenos, y sabios, insensiblemente se inclinan á seguir estas pisadas. Casi es superfluo el que yo lo diga, porque cada uno facilísimamente conoce ser esto una verdad incontrastable: todo hombre naturalmente, y aun con algunos principios mecánicos, tiene inclinacion á imitar lo que ve; pero sin comparacion se verifica esto mucho mas bien en los mas verdes años de su edad. La primera prueba de este instinto natural suele hacerse comenzando á imitar á sus propios padres, si son buenos, en el bien, y si son malos, en el mal. A un mismo tiempo se aprenden el idioma, y las costumbres, y no es menor la fuerza con que se retienen estas que aquel. Por eso, si lo que un niño ve, y oye llega una vez á herirle la fantasia, se le imprime, y estampa en ella con bastante fuerza, y tenacidad; y por lo comun, si es cosa agradable, y buena, se esfuerza, y quiere practicarla, y si es desagradable, y mala, huye de ella. Estas impresiones, é imitaciones recibidas entonces, se radican tal vez, y con tanta fuerza en su corazon, que creciendo en la edad, no pierden su vigor, y sigue imitando lo que comenzó á gustarle, y aborreciendo lo que le desagradó entonces. Quando un muchacho observa que los circunstantes se rien, y celebran con aplauso á quien pone en ridiculo

los defectos de sus próximos, falsos, ó verdaderos, y que hace burla de todo, y de todos: vedlo que tambien el chico quiere imitarle en esto, y procura conseguir aplauso á costa del que primero se le pone delante, sea quien quisiere, y aunque sean sus mismos padres, ó superiores; y en fin, comienzan á no tener respeto á los que están presentes. ¿Quando perderá él esta mala costumbre? Si ya pasó á ser hábito, jamás lo perderá, sino acaso quando alguna persona justamente irritada le enseñe con quatro moxicones á contener la lengua, enseñándole, que es un gran defecto el manifestar, y burlarse de los defectos ajenos, y que no faltará quien saque á plaza, y se burle de los suyos. Sin duda es un oficio muy peligroso el burlarse de los otros, no porque siempre, y por siempre se ha de reprobar el burlarse, sino es porque son pocos los que saben hacerlo con gracia, y garbo, y en tiempo oportuno, de manera, que los burlados no lo sientan, y se complazcan en la burla. Muy dificultoso es sin duda el saber discernir quales son las materias sobre que puede caer la burla, y quales no las admiten: es necesaria una particular prudencia para semejante discernimiento, la qual aun en los hombres ya maduros se halla muy pocas veces, y muchas menos en los jóvenes. Por otra parte sucede que un muchacho tiene aversion, ó contragenio al estudio, ó por ser de dura cabeza, ó porque aborrece el trabajo, y fatiga, ó por la indiscrecion, y poca prudencia del Maestro, ó finalmente por algun otro motivo, ó que comience á aborrecer esta, ó la otra vianda, ó á esta, ó la otra persona: fácilmente conservará esta aversion por toda su vida. De la misma manera, quando ha tomado aficion á ciertas máximas de una falsa honra, ó de venganza, á ciertas malicias de palabras, y burlas inmodestas, será muy difícil el desarraygar de su corazon estas malas yerbas.

S. II.

Aquellos vicios, y aquellas virtudes con que se crian los tiernos infantes, suelen ordinariamente acompañarlos por toda su vida; ó si alguna vez se interrumpen aun por algunos años, reñan no obstante con el tiempo: de manera, que son felices aquellos jóvenes, que desde los primeros años de su infancia fueron educados, y se acostumbraron á obrar bien; y al contrario, demasiado infelices los que acostumbrados, ó educados con malos exemplos, no dexan de practicarlos, é imitarlos. No es ponderable la gran diferencia que hay entre las impresiones que causan en los jóvenes las obras buenas, y las malas, de que tienen ya exemplares. Deberian ciertamente estamparse en el corazon de los tiernos infantes mas presto, y mas profundamente las acciones virtuosas, por ser la virtud amable por sí misma, y mas alabada de todos, y de consiguiente causar en sus corazones un amor mas fuerte, y un vehemente deseo de imitar los exemplos virtuosos: así debería ser, ¿pero qué sucede? Que no se excita este amor, ó si se excita alguna vez, no se pega al alma con estrecha union. Por tanto se pasa fácilmente de este amor imperfecto al otro opuesto de los vicios; de manera, que un solo exemplo, un solo consejo malo (ademas de otros muchos accidentes, y tentaciones) basta para sacar fuera del buen camino aquellos ánimos que se entregaron á la virtud en sus primeros años. Al contrario, el barniz con que se pegan los vicios es fuerte, y tenaz, y tanto, que para disolverlo, y lograr que un alma sumergida, digamoslo así, y habituada á obrar mal, vuelva al camino recto de la virtud, suele ser necesario el fuego, y el hierro, como remedios extremados: ¿y por qué una tan notable diferencia? No es otra la causa, sino el tener dentro de nosotros la concupiscencia, que nos inclina á lo malo, y resiste á todo lo bueno. Puede mas pa-

ra con nosotros, y para mover nuestra fantasía un gusto presente, que ciento ausentes. Y aunque la virtud produzca también gustos, y placeres mayores, y mas excelentes; pero por lo comun no los produce prontamente; pero el vicio, esto es, la acción viciosa, casi siempre ofrece un placer presente, fuera de que los gustos, y placeres sensibles suelen ser mas poderosos para los hombres, que los intelectuales. Aquellos se sienten sin fatiga del entendimiento, y causan deleite luego; pero estos, para conocerlos, y gustarlos, son necesarias reflexiones, y otras fatigas intelectuales.

§. III.

Siendo, pues, tan fácil el tránsito de la virtud al vicio, y el de este á la virtud tan dificultoso, será bueno sin duda el saber criar los niños en la escuela de la virtud, aplicándolos á esta desde su tierna edad, y tenerlos distantes, y apartados de la de los vicios; y esto se podrá conseguir con los buenos exemplos, y la educacion. Es cierto, que si los padres no faltasen á esta obligacion, y si todos supieran dar la leche de las buenas costumbres á sus hijos, como les dan la leche corporal para alimentarlos, no seria en el mundo tan abundante la cosecha de los locos desarreglados, y malvivientes. Al ver entre la plebe particularmente de las Ciudades tanta multitud de muchachuelos mal criados, que exceden en perversidad, y malicia á los mas diestros en ella, embusteros, jugadores, deslenguados, ladrones, quimeristas, sucios por el cenagoso vicio de la luxuria, y nada menos por la gula desenfrenada, en quienes viven como de asiento otros muchos vicios: al ver, decia, semejantes monstruos, he llegado á pensar si todo esto puede provenir de otro principio que de la falta de educacion, y si este defecto influye, como causa única, en que se crien tantos que pueblen las tabernas, visiten tan frecuentemente los burdeles, llenen las

cár-

cárceles, y hospitales, surtan las minas, y galeras, si es que ántes no los libra la horca de estas fatigas. No, no me atrevo á imputar á este solo defecto el que una tan copiosa multitud comience desde sus primeros años á cursar esta escuela de los vicios. Tengo por probable, que la inclinacion natural, el cerebro, y el temperamento influyen no poco en la infelicidad de tales monstruos. No obstante, diré, que el fiero desórden que advertimos en los hijos de los plebeyos, que habitan Villas, y Ciudades, puede muchas veces provenir de la mala educacion, ó de no haberla tenido buena, ni mala. No es tan grande por lo comun este desórden en los pobres aldeanos, porque separados de los malvados, carecen de sus malos exemplos; pero en las Ciudades, y Pueblos grandes, donde estos abundan, es mayor la depravacion, porque siendo mayor el peligro, es menor el cuidado de la buena educacion, ó bien porque los pobres padres no quieren tener el trabajo, y cuidado de criar á sus hijos de tal modo, que se aparten de los viciosos, y sus vicios, ó porque no pueden hacerlo así, ocupados todos en ganarse el sustento; ó finalmente porque no saben, pues criados, y educados ellos del mismo modo, les falta el arte, y la discrecion para criar bien á sus hijos: fuera de que es un arte bien dificultoso, y sabido de pocos el de criar bien aquel animal soberbio que sellama *bombre*, que no admite freno que le sujete, y especialmente en aquellos primeros años en que apenas se descubren la razon, y el juicio. Puestos los chicos en este estado de libertad, dueños de sí mismos, acompañados de otros semejantes, y que con facilidad se comunican unos á otros el pestilencial contagio de picardías, y defectos que advierten en otros sus iguales, ó mayores, ó acaso en el exemplo de sus propios padres, estoy para decir que seria una especie de milagro el que no sean tan malos, ó peores que aquellos. Procúrese, pues, tener á los chicos bien apartados de los malos exemplos: conténgaseles para que no hagan en todo sus gustos:

Tom. II.

T 3

ins-

inspíreseles buenas máximas con habilidad, y dulzura; infúndaseles aversion, y horror á los vicios: sean alabadas, y premiadas sus buenas obras; vituperadas, y castigadas (pero con discrecion) las malas: de este modo, aunque no todos saldrán, y serán buenos, pero lo serán muchos.

S. IV.

HE dicho *no todos*, porque hay cosas muy extrañas en esto, sucediendo con los hombres lo mismo que con los pequeños, y tiernos árboles, que no todos suelen salir derechos, ni todos fructíferos. Alguna vez no obstante el cuidadoso desvelo de los padres, y sus buenos exemplos, les tocará un hijo muy desemejante en las costumbres; el qual sin poderlo contener va fabricando con sus malos procedimientos, no solamente su ruina propia, mas tambien la de su casa, y familia. Al contrario, se encuentran (aunque mas raras veces) algunos hijos, que siéndolo de padres viciosos, y de consiguiente consejeros de iniquidades, con todo aciertan sus hijos á ser cándidas palomas entre los cuervos; y repugnándolo una escuela tan peligrosa como perversa, quanto mas advierten los delirios, y extravagancias de sus padres, tanto mas procuran ellos ser sabios, y prudentes. Conviene traer aquí á la memoria quanto dexamos dicho en el Capítulo IV. Un natural malo, esto es, demasiado inquieto, y fogoso, pertinaz, y duro, y especialmente quando le acompaña una cabeza vana, ó un cerebro débil, y mal dispuesto, todo esto concurre muchas veces al descamino de los jóvenes, sin que les sirva de freno el buen exemplo de sus padres, y la educacion de sus mayores. Entonces se verifica en ellos aquella sentencia de Horacio: *Naturam expelles Turca, tamen usque recurret*: quiere decir, que el mal natural podrá tal qual vez contenerse como por fuerza en el obrar mal; pero lo hará quando tenga ocasion. Confirma esto nuestro vulgar adagio: *La zorra muda el pelo, pero no el vicio*. Ni dexa por esto de ser cierto que

que el natural del hombre, sea el que fuere, puede mudarse, y cada uno debe trabajar para corregirla, y hacerlo bueno. Por el contrario es un precioso regalo que Dios hace á otro joven, dándole un buen natural con igual temperamento, y un cerebro bien dispuesto, de tal modo, que desde luego entiende el idioma de la razon, y sabe juzgar bien de las cosas, concibiendo sin mucho trabajo aquel horror que causa el vicio, y el daño que puede causar por sí en el alma racional; esto es, lo que por lo comun mantiene á un joven sin la menor lesion entre los exemplares de la iniquidad, y le inclina, y aun determina á obrar bien. Conviene tambien considerar, que no obstante la buena educacion de los padres, y maestros, puede tener principios diversos la perdicion, y precipicio de los hijos. Un pariente, una criada, un criado, un compañero del chico, y mucho mas quando son muchos los compañeros, con otras diversas ocasiones, bastan para malear el corazon de un pequeño infante. Al mal se camina cuesta abaxo, y con facilidad: á la virtud es forzoso el caminar cuesta arriba, y con trabajo. Los jóvenes de poca edad son mas expuestos que otro alguno; porque se regulan ordinariamente por el consejo de los sentidos, y no de la razon, haciendo lo que ven hacer á otros; porque siendo mas delicadas las fibras de sus cerebros, se hallan por esto mas capaces de recibir las impresiones de los objetos sensibles. Bueno será para los hijos el que sus padres se recaten de hacer en su presencia alguna accion viciosa, ó darles algun mal exemplo con sus perniciosos discursos: el alabar siempre la virtud, y á los virtuosos, y vituperar á los viciosos, y sus vicios. Debe tambien procurarse, y desearse que los jóvenes aprendan con tiempo á resistir aquella inclinacion natural que los conduce, y lleva á imitar las obras malas. Un buen hábito adquirido en la juventud, es una compania buena para todo el resto de la vida. Sabios, y dichosos serán tambien los jóvenes que elijan tales amigos, y compañeros,

ros, que les sirvan de escolta para el bien, y los aparten de todo mal. No puede explicarse adecuadamente quanto influye la compañía buena, ó mala en la rectitud, ó extravío del camino que guia á la juventud al término de obrar bien, ó de obrar mal. No es vano aquel proverbio, que dice: *dime con quien andas, y te diré quien eres*. Asimismo deben proponerse á los jóvenes grandes exemplos para que los imiten, ó por lo menos deben ser exemplos dignos de ser imitados. ¿Como podrémos decir que los jóvenes son juiciosos, si solamente toman por modelo de sus operaciones las de los locos, vanos, y perversos? *El agua turbia jamas puede servir de espejo* es un proverbio de nuestros antiguos.

§. V.

ES regla general en este punto, que el poder, y saber educar bien los hijos, viene á ser al mismo tiempo enseñarles una gran parte de la Filosofía Moral, de que tratamos, y de ella se cogen en su estacion bellos, y buenos frutos. Reparad (conviene repetirlo), reparad en los pobrecitos aldeanos, y simples pastorcillos, que aun quando carecen de maestros, y preceptores para formar sus costumbres, sin mas direccion que la de sus pobres, é inexpertos padres, con todo se crian toscos, y tardos á la verdad; pero inocentes, dóciles, y obedientes, faltándoles del todo aquella ciencia falsa, y perversa con que en el mundo se aprende todo género de malicia. Toda su educacion no consistirá en otra cosa que en estar apartados de aquellas compañías perniciosas, que son las que en el comercio del mundo trafican en todo lo que es malo. Hay ciertamente una santa ignorancia, que deben apetecer, y buscar los jóvenes, la qual basta para preservarlos de muchos males. Por esta causa, fuera de otras muchas, son laudables, y utilísimos los Colegios de Nobles, y los Seminarios que hay en la Italia, y en otras partes de la Europa, en que se encuentran sabios, y virtuosos Directores, y Maestros

tros para la enseñanza de los mancebos. Es questão muy antigua, y la trata Quintiliano, si sea mejor el enviar los jóvenes á las escuelas públicas, donde la emulacion los anima, ó alienta, ó mas bien darles Maestro en sus propias casas, para librarlos así de las malas compañías. Estos dos beneficios pueden lograrse en los citados Colegios. Pueden ciertamente las casas paternas, especialmente las de los nobles ricos, convertirse en escuelas de buenas costumbres, quando los padres por sí mismos, ó quando no puedan, por medio de Maestros bien acreditados, provean todo lo necesario para que se dé á sus hijos aquella segunda vida de la buena educacion, que es la mas importante en la realidad. Pero al ajustar las cuentas sobre este punto, son muy pocos los padres que pueden, y saben dar á sus hijos en sus propias casas aquel provechoso alimento de buena doctrina (no hablo aquí ahora del de la erudicion, y ciencias), que puede esperarse en los Seminarios, y Colegios bien regulados, y de una sabia disciplina; pues sin esta seria acaso mas peligroso el vivir con tantos de genios, y naturales tan diferentes, que el estar en las casas de sus padres. Pueden llamarse, y suelen ser estos Colegios un asilo contra los vicios; pues en ellos todo está bien dispuesto, y todo se dirige á imprimir en la blanda cera de la juventud el horror al mal, y el amor á las bellas letras, y á la virtud, que es lo que necesita aquella edad. Aquella es la estacion mas bella, y florida del hombre; pero tambien la mas peligrosa, y combatida de tempestades, porque la experiencia aun no ha dado al juicio la provision oportuna, y las pasiones tienen entonces mas brio, y fuerza. Dichoso el que acierta á pasar su juventud sin que tenga de que arrepentirse en su edad viril, ni en su ancianidad. Dichoso el que tiene entónces, y quiere tener cerca de sí Médicos sabios, que sepan conservar la sanidad del ánimo mas bien que la del cuerpo, y restituírsela, si acaso la han perdido. No entienden por lo comun esta doctrina los jo-

jovencitos, que solamente desean verse libres de estos grillos; pero la entenderán á su tiempo. Baste esto por ahora, porque yo no trato de dar leyes, y preceptos para la educacion de los hijos, sobre cuyo punto podran consultarse otros muchos libros, así Italianos, como extrangeros. Solamente volveré á repetir, que es muy provechoso el conocer por defecto propio lo que nos parece serlo en otros, y para esto convendría mucho que quando estos jóvenes van á entrar en el comercio del mundo, tuviesen sabios, y prudentes directores, que les advirtiesen las faltas, y defectos manifestos de varias personas, y se las hiciesen juzgar á ellos mismos; porque en efecto una gran parte de la sabiduría consiste en saber juzgar rectamente las cosas, y las acciones humanas, y conocer si merecen ser alabadas, ó vituperadas. La prenda mas recomendable de un hombre docto no es el tener la cabeza llena de varias noticias, sino el tener un justo discernimiento para conocer, y distinguir lo verdadero de lo falso, lo malo de lo bueno, lo serio de lo ridiculo en todas aquellas cosas que pertenecen al hombre, y son proporcionadas á su capacidad, y prudencia. Otra parte no menos principal de esta sabiduría es el saber contenernos para no hacer lo que reprehendemos en los otros. ¿Que excusa podra alegar el hombre, exclama aquí el Apóstol, quando incurra en aquellas mismas acciones que él desapruueba, y condena en sus iguales?

CAPITULO XLIII.

Del Honor.

§. I.

Aunque en otra parte se hayan insinuado los motivos, y estímulos que deben practicarse para incitar á los jóvenes al aborrecimiento de los vicios, y al amor de las

las virtudes; con todo, conviene el repetir esta misma leccion con otro nombre. Es necesario primeramente ponerles delante de los ojos esto que es, y se llama honor, supuesto que es una cosa tan acreditada entre las personas civiles, y especialmente entre los nobles; pues no habrá sugeto, que preguntado si desea ser hombre de honor, y que el público lo reconozca por tal, no responda al punto que sí. Tambien se ha introducido ya el jurar como hombre de honor. Al oír este lenguaje juraríais vos de la misma manera, que el honor debe ser la prenda mas preciosa de la virtud, y la virtud mas estimada de los que tanto la aprecian. Muchas veces observamos, que sube á un punto de estimacion tan alto este glorioso título, que la sospecha sola, la menor duda de que alguno faite al honor, ó el honor le falte á él, suele reputarse por una injuria insufrible; y algunas veces (bien que las mas loca, y vanamente) por semejante injuria suelen desenvaynarse las espadas, y oxalá fuese verdad, que en los corazones de la gente jóven se imprimiese este cuidadoso zelo del honor, pero del honor verdadero, no del vano, y falso. Hay en esto muchas, y perniciosas equivocaciones; y acaso muchos que siempre hablan, y respiran este nombre de honor, y se muestran tan delicados en él, aun no han aprendido que cosa es el honor. Por lo que digo que el honor es de dos maneras, uno interno, y otro externo: con el primero queremos significar el amor á las virtudes, y principalmente (segun el uso bien extraño de estos tiempos) de la justicia, y la fortaleza por lo que toca á los hombres, y de la pureza, y castidad por lo que mira á las mugeres; de manera, que quando alguno nos dice que es hombre de honor, quiere darnos á entender, que no es capaz de hacer cosa alguna contra justicia, y que desdiga del decoro que se debe á su condicion, y grado. Con el nombre de honor externo queremos significar aquella estimacion, y buena opinion que tienen, ó deben tener los otros de nosotros mismos, por causa de aquel

aquel honor interno que tenemos, ó se presume que tenemos. El primer honor es un bien esencial; y estando en nuestra mano el conseguirlo, somos culpables sin excusa si lo despreciamos, ó lo perdemos. El segundo es un bien accidental, porque depende de la voluntad agena nuestra buena, ó mala opinion; con todo debemos hacer de nuestra parte quanto podamos para conseguirlo, y conservarlo; porque el buen nombre, crédito, y buena fama para con las gentes que nos tratan, es una perla preciosísima; esto es, un bien que aunque dependa de la voluntad agena, debe reputarse, y valorarse como un bien substancial, y de gran precio entre los mayores de este mundo.

§. II.

Sabiendo, pues, lo que significa este nombre de honor, deben los padres, y maestros de la juventud avivar los deseos de sus hijos, y discípulos, para que se enamoren, y busquen estos dos honores; pero con mucho mayor conato el primero que el segundo, advirtiéndolos cuidadosamente, que el honor externo, que consiste en el buen nombre, y reputacion, no puede subsistir sin el fundamento del honor interno, ó de la práctica, y amor á las demas virtudes. ¡O que buena resolucion la de un mancebo, que propone, y fixa en su corazon el ser persona de honor, segun la razon dicta que lo debe ser! Pero especialmente sienta mejor al que ha nacido noble, ó aspira á serlo por este medio, pues debe intimarse á sí propio la eleccion de esta prenda esencial al hombre de honor, aprehendiendo al mismo tiempo, que este tan decantado título de noble es una pura vanidad, quando no se junta al obrar de noble, que es obrar virtuosamente. ¿A que fin gloriarse tanto de tener sangre illustre, como lo hacen muchos continuamente? Aquella sangre, quando salió de las venas, si preguntamos al Cirujano, no es mas bermeja, ni mas pre-

preciosa que la sangre de otro qualquiera, ni la distinguirá el mas diestro Anatómico de la sangre de un plebeyo. Si el noble tiene abundantes riquezas, ¿le faltan acaso á otros muchos, que poco ha se levantaron del polvo de la tierra, ó por su industria, ó por su fortuna? Con que sacamos en limpio, que las virtudes que se heredan de los mayores, ó que se practican por los que existen, son las que solamente tienen la fuerza de hacer la verdadera nobleza, y despues de conservarla. En una palabra, aquello hace recomendable al noble, y puede distinguirlo del plebeyo, que lo hace mas virtuoso, mas cortés, mas esforzado, mas generoso, y mas benéfico: aquello que no le permite hacer con los demas, aunque inferiores, lo que no quiere que hagan con él los superiores, ó sus iguales: aquello de elevar su ánimo sobre la hacienda, y el oro: aquello de guardar, y cumplir la palabra justamente ofrecida: aquello de aborrecer toda superchería, y prepotencia: el huir todo engaño, y mentira: y finalmente aquello de exercitarse constantemente en los actos de las virtudes: el que así obrase, bien puede con razon llamarse noble. Por el contrario deberá llamarse bastardo á nuestro modo de entender, aunque no lo sea en la realidad, el que naciendo noble obscurece su nobleza con acciones viciosas. Por tanto el jóven sabio, y mas si es noble, quando está bien impuesto en las máximas del honor verdadero, y hallándolas conformes á las que con tanta reputacion, y gloria practicaron sus ascendientes, y que aun el dia de hoy tanto agradan á Dios, y á los hombres, hace valerosamente un pacto con su corazon de seguir siempre, y por siempre estas máximas tan saludables, despreciando las otras desgraciadas, que sigue la gente viciosa. Puede ser que se le proponga como exemplar alguno de los muchos que se llaman nobles, mas injusto, y orgulloso que los otros, por ser mas hacendado, y rico, el qual oprime los vecinos, maltrata los pobres, y con semejantes acciones se deshona á sí propio, y á su linage,

ge, no faltarán acaso semejantes modelos; pero en este caso el mancebo sabio reflexiona, y se dice á sí propio, ¿que juicio será el mío, si yo siguiese á este sus pasos? Libreme Dios de aumentar el número de los locos.

§. III.

Volvamos ahora la hoja, y despues de haber examinado lo que se debe hacer, veamos lo que se hace por lo comun. Se hallan muchos que en nada aprecian el honor externo; y conociendo que hacen cosas indignas, y que aun el público no puede menos de desaprobárlas, con todo no dexan de hacerlas. Con tal que ellos logren lo que intentan, ó bien sea llenar su bolsa desocupando la agena, ó entrar en posesion de una alhaja que tanto deseaban, ó satisfacer su depravado corazon con una injusta venganza, ó finalmente logren el satisfacer otros muchos apetitos bestiales: ¿que les importa el buen nombre, ni que el público los condene? Hay tambien otros, que haciendo poco caso del honor interno, sacrifican al externo todo el incienso. Puntillosos, y delicados, piden como por justicia que no se les perjudique su honor en la menor cosa, siendo cosa digna de risa el verlos tan zelosos de su honor, que el mas leve movimiento que aprehenden contra su estimacion los saca fuera de sí, y con espada, y daga piden satisfaccion: pero reparad en estos mismos idólatras de su honor externo; que sin el menor escrúpulo no quieren pagar á sus acreedores, aunque los vean pobres miserables: con la misma serenidad de conciencia solicitan con importunos ruegos á las mugeres casadas para que falten á la fé, y á la justicia debida: son jugadores continuos: procuran arrollar á los que pueden menos que ellos: se valen de fraudes, y engaños para suplantar aun á sus mismos amigos; y hacen otras muchas cosas, que aun ellos no pueden menos de conocer que son detestables, é indignas. Cierto es, que aun el honor externo es para el hombre un

ca-

capital muy apreciable, y que cada uno tiene derecho á poseerle: así es; pero con tal que no se hagan cosas que priven al hombre de este derecho, y de aquel honor mismo que él quiere que le tributen todos. Luego que aquel tal sugeto desprecia, y pisa el honor interior, y mediante un hábito vicioso, suelta la rienda, entregándose á toda suerte de iniquidades; ¿cómo puede pretender, ni esperar el ser tenido por hombre de honor? ¿Cómo se podrá persuadir á que el público le conserve, y tribute aquel buen nombre, y estimacion, que únicamente se debe á las obras de virtud? Si acaso él por su prepotencia lograse que le respeten los que se hallan presentes, y que le tengan por lo que no es en la realidad; ¿logrará por ventura el trastornar el cerebro de los demas hombres, y contener sus juicios, y lenguas, para que ninguno juzgue, ni hable mal de él, quando él mismo se desacredita con su modo de obrar, y hace que le desprecien, y aborrezcan todos los hombres de bien? El mismo Dios, que es Todopoderoso, no puede hacer que las acciones malas, y pecaminosas sean laudables, y buenas; ¿y se lisonjeará de poderlo hacer un hombrecillo, que ningun dominio tiene sobre los juicios de los otros hombres? La experiencia nos enseña frecuentemente, que muchos hombres, parte por ignorancia, parte por una arrogante soberbia, y parte tambien por el demasiado amor propio, se forman, y proponen un fantasma ridículo del honor, y corriendo tras la pura sombra, hacen poco, ó ningun aprecio de su realidad, y substancia, persuadiéndose neciamente, que el honor externo, que tanto aman, se puede conseguir, y durar sin el interno, que es el verdadero honor.

§. IV.

POR tanto he dicho mas de una vez, y ahora vuelvo á repetirlo, que es necesario acostumbrar con tiempo á los mancebos á que sepan juzgar rectamente lo qu

es

es bueno, y malo, laudable, y vituperable en las acciones morales, y quotidianas de los hombres. Quitarles de la cabeza en quanto sea posible las falsas opiniones enseñarlos á discernir, y observar atentamente las violencias, y burlas pesadas, que suelen hacernos nuestras pasiones, y las acciones, y objetos que pueden sernos deleitables, y provechosos: hacerlos conocer en el mejor modo posible quales son los medios mas eficaces para conseguir, y defender la verdadera reputacion, y el buen nombre, y como debe sobresalir en nuestras acciones la christiana prudencia, quando nos hallamos acometidos de baldones, é injurias: cómo han de huir, y evitar aquellos puntillos ridículos, con que se sustentan no pocas veces aquellos, que á fuerza de baladronadas quieren sostener lo que ellos tienen por honor. Estos quimeristas, y espadachines, que por la menor palabra arman una quimera, que no saben sufrir la mas leve chanza, é hinchados, y empapados en esta palabra *honor*, no saben decirnos en qué consiste el honor verdadero: yo les diré algo sobre esto. Entiendan, pues, que si ellos buscan el título de valentones, y evitar el de cobardes, acaso lo conseguirán con estas acciones; pero si no tienen otro mérito que el de su bravura, que es también comun á las bestias fieras, si sus obras están publicando á todo el mundo, que les faltan las virtudes propias del ánimo: de nada les servirá su valentía, y esfuerzo para lograr ni aun el honor externo, porque este consiste mas principal, ó únicamente en el conocimiento de que el hombre que lo desea sea amante de la justicia, y practique las demas virtudes. Aun hay mas que decir sobre esto: el valor, y fortaleza empleada únicamente en sostener puntillos, que llaman de honor, contra las leyes del Cielo, y de la patria, no es otra cosa que una bestial fereza, la qual en vez de honrar al sugeto que la tiene, lo envilece, y hace despreciable. En este punto viven muchos hombres engañados, y preocupados, porque solamente miran á las usanzas de los siglos bárbaros, que

aun

aun no están suficientemente olvidadas en el nuestro, porque realmente no entienden los libros que tratan del verdadero honor, que tanto manejan, y estudian. Una de las mas comunes preocupaciones viene á ser si bien se advierte, la de juzgar que el honor de un hombre consiste únicamente en lograr la opinion de valiente, y esforzado, y nada cobardé, ó tímido; y que el honor de una muger consiste solamente en su honestidad, y en aborrecer totalmente los ilícitos placeres sensuales. Como aquellos, y estas consigian mantenerse en este solo concepto, cuidan poco de adquirir otras virtudes, ni de enmendarse de otros vicios bien patentes. Mas por ventura se reducen las obligaciones de la criatura racional, y el buen nombre del uno, y el otro sexó al esfuerzo, y valor, al pudor, y honestidad? Sea en buen hora esforzado, y valeroso un hombre quanto quiera serlo: no se acobarde, ni tema jamas á uno, ó á muchos hombres; con todo, no dexará de ser tenido por infame, y deshonrado para con los hombres de juicio, y en el tribunal de los sabios siempre; y quando faltase, ó bien á la justicia, usando de su poder, ó á la fe pública, usurpando la hacienda agena, ó si en fin se hallase tiznado con otros defectos substanciales, indignos sin duda de una persona civil, y christiana. Sea en buen hora aquella señora una Penélope, y heroína de continencia; pero si por otra parte no respira otra cosa que soberbia, y altanería, si continuamente tiene disensiones con su marido, y con sus iguales, si es indiscreta con los que la sirven, si está entregada totalmente al juego, y juego fuerte, ó de envite, si nunca dexa de murmurar de estas, y aquellas personas: en tal caso debe saber, que con toda su honestidad dará que decir, siendo objeto ridiculo de las conversaciones de todos los que la conocen. No es una virtud sola la que la Ley Santa de Dios, y la razon manda que observen todos los mortales, sino el conjunto de todas las virtudes proporcionadamente, segun el estado de cada uno: por eso una sola virtud

Tom. II.

V

no

no constituye un verdadero virtuoso; pero el vicio es de una naturaleza tan maligna, que uno solo basta para impedir el goce del verdadero honor.

§. V.

NO debe aquí callarse que estos últimos siglos, al sacudir la barbarie (creída á lo menos, y tenida por tal) de los antepasados, han hecho crecer de tal manera los derechos, y gabelas del honor externo, que se ha hecho insoportable el comercio civil. Casi se las apuestan á las de la China las ceremonias, y rituales de algunos Países de Europa. Se ha formado el arancel, y la tasa de las demostraciones de estimacion, y cortesía, que los inferiores deben usar con los superiores, estos para con aquellos, y los iguales con sus iguales. Y porque acaso se conocerá evidentemente que el sexó femenino, bien que mas endeble, tiene no obstante mayores prerrogativas, y mayor mérito que el masculino, por tanto le acordaremos una mayor dosis de preeminencias, y privilegios. De aquí proviene que la mayor parte del comercio civil se hace hoy consistir en el uso, y estudio de este ritual, ya sea en las visitas, en el juego, en la mesa, en el paseo, en la diversidad de asientos, en los títulos, en las expresiones, y otras cosas semejantes. No es mi intencion por ahora de reprobear todo el cuerpo entero de estas leyes, aunque sean incómodas muchas veces, porque al fin aunque algunas hayan sido inventadas, por la adulacion, y ambicion, otras tengan un no sé qué de ridículas, y otras sean poco acomodadas, con todo, muchas de ellas están bien fundadas. Mucho menos me atreveré á hablar palabras sobre las etiquetas de los Príncipes, y grandes Señores, con los cuales es muy debido que en las acciones externas se dexé ver la notable diferencia que hay entre dichos Señores, y los que no son tales. Solamente diré, que tratándose de personas iguales, á excepcion de ciertas usanzas, y cortesías de que no es lícito dispensarse la gente civil, y políti-

ca,

ca, todo lo demas debería cortarse, y omitirse, sin que por esto resultase algun daño; antes bien alguna ventaja á la sociedad humana. Vale mas una honesta franqueza, y un tratamiento libre, sin faltar el respeto á nadie, que toda la fastidiosa observancia de aquellos puntillos en que ponen todo su cuidado los idólatras del honor externo. Por lo menos es forzoso el guardarse de dos extremos opuestos, que pueden, y suelen intervenir en el comercio de esta mercadería superficial. El ceremoniático, que siempre tiene presentes todas las reglas del arte, y la quinta esencia de todos sus ápices, os dará, y causará fastidio con tantas reverencias, y estudiadas ceremonias. Al contrario, el formalista que con todo rigor quiere que se observen todas aquellas leyes, que él tiene por inviolables, formará una queja si faltase, ó se quebrantase alguna: insistirá en la observancia del ceremonial de las visitas; y por causa de estas fruslerías se levantará una quimera, y grande disgusto entre los parientes, y amigos, y acaso acaso brotará fuera un terrible desafío; ¿y cuál viene á ser la causa de todo esto? Qual ha de ser sino la insufrible delicadeza de los formalistas. Es necesario confesar, que su honor tan decantado tiene poco, ó ningun fundamento, pues qualquiera costumbre es capaz de llevarse. Cierto es, que el que ama al verdadero honor, que es el que nace del amor, y práctica de la virtud, no repara en estas cosuetas, y no pide á otros estas formalidades fastidiosas al comercio, y conversacion humana. Solamente puede apetecerlas el que coloca en ellas todo el mérito de su honor externo, sin hacer caso del que importa mas, y es mas estimable, y que consiste en el ejercicio, y práctica de las virtudes. Conviene repetir, que es propio del hombre sabio, y prudente el acomodarse á la tiranía de los usos, y costumbres de los países en varias ocasiones; porque no haciéndolo así, se expone á la censura de los demas, y por huir la ridiculez de la moda, que aprueba el uso comun, incurrirá en el defecto de ser singular.

V 2

CA-

CAPITULO XLIV.

Propónense á los jóvenes otros motivos para seguir el camino de la virtud: quan necesaria es la de la fortaleza, y medios para perseverar en ella.

§. I.

Ademas de los estímulos del honor, de que ya hemos hablado, se han de dar á los jóvenes otras lecciones muy importantes, y especialmente quando han llegado ya á aquella edad en que van dexando las puerilidades, y diversiones de la niñez, y va adelantándose la luz de la razon: lecciones que ciertamente conviene el repetírselas, y estampárselas en el ánimo, como que deben conspirar todas á su mayor aprovechamiento, infundiéndole amor á la virtud, y horror al vicio. Séame, pues, lícito el recapitular aquí, y repetir de nuevo quanto arriba dexamos dicho: esto es, al corazon de los mancebos se ha de dar el principal asalto con las armas del amor propio, que es el resorte primero por quien se mueve el corazon humano. Este que es el que hace incurrir á los hombres en los defectos mas lamentables, este mismo es el que debe servir para contenerlos en su deber, y conducirlos por el camino recto del bien obrar. Conviene, pues, representar al entendimiento de los jóvenes, que es para ellos el interes mas ventajoso al abrazar la virtud, y alejarse del vicio, y del pecado. Preguntad á un mancebo si dentro de sí mismo siente un deseo de ser en esta vida feliz, y dichoso quanto sea posible, y despues eternamente en la otra: sin dudar, ni detenerse responderá que sí. Preguntadle (y lo mismo á todos) si desean evitar quanto les sea posible las infelicidades, y males de esta presente vida, y mucho

mas

mas los de la otra: todos á una voz responderán que sí. Proseguid preguntádoles qual de estas dos cosas les parece mejor, ó qual de las dos se debe escoger; esto es, el obrar sabia, y prudentemente, ó como necios ignorantes: si ellos no son locos, responderán, que debe elegirse lo primero, y despreciarse lo segundo. Por conclusion, pues, se les debe persuadir, que si desean, y quieren que el Señor, que es el Dueño de todo, los ame, y ayude, y les haga bien, y que los demas hombres, por lo menos los sabios, y prudentes, los amen, y estimen, no hay otro medio mas seguro para lograr todo esto, que el de amar, y practicar la virtud, y aborrecer el vicio. Aquí conviene primeramente acordar los grandes privilegios que goza en la tierra, y los inexplicables que gozará en el Cielo el que con todo su esfuerzo, y poder corre por el camino derecho de la virtud, y tiene constante aversion á las sendas del vicio, é iniquidad. El amar, servir, y alabar á Dios, el inquirir qual sea su santísima voluntad, el tener por objeto de su meditacion aquel purísimo, y beatísimo ser, todo es ciertamente un manantial copiosísimo de alegría, una fuente perenne de paz interior, haciendo despues lo que agrada al Señor, y huyendo de quanto le puede desagradar: ¿Qué gozo, qué consuelo mayor puede haber que el saber que de este modo se agrada á un Dios, que tanto bien puede hacernos en la tierra, y que tan inexplicables eternas delicias tiene preparadas para los buenos en la gloria? Esta sola reflexión, aun quando las desgracias, y adversidades de este mundo se conjurasen contra los buenos, debería bastar para tranquilizar, y sosegar su corazon. No puede explicarse la suavidad de aquel hermoso rocío que se esparce en el ánimo de los buenos, quando ponen toda su esperanza en aquel Señor que los anima, y sustenta en esta vida, y les franqueará mayores bienes en la eterna. Tienen siempre delante de los ojos del alma aquel delicioso Paraíso, Patria, y centro de todos los gozos, que la magnificencia del Omnipotente

Tom. II.

V 3

te